

Tan tranquilo es el su dormir, que duermen todo el santo invierno, y hasta hay algunas que se olvidan de despertarse.

Las más se despiertan. ¡Ya lo creo que se despiertan! Se despiertan y se desvelan, y como si no hubiesen dormido, ¡pobrecitas!, vuelven á hacer de las suyas en todos los pueblos de moscas.

Porque hay pueblos, señores, en que no son *las obscuras golondrinas* las que vuelven: son las moscas.

Cada pueblo tiene su destino y su poesía.

«LA COSTURA»

El tener hijos dicen que es el único lujo que pueden tener los pobres, y este lujo... ¡los pobres!... le tienen desenfrenado.

Por todas partes se veía un vivero de criaturas. Los pájaros sólo hacen nido cuando sienten el amor que les trae la primavera; pero para aquella buena gente, ó no había primaveras ó no se acababan nunca.

De aquellas cabecitas rubias, con un delantal debajo, y unas piernas y unos bracitos color de rosa saliendo debajo del delantal, rebosaban todas las casas, estaban llenas todas las calles, brotaban en todos los huertos y nadaban á docenas por todas las polvaredas de todos los caminos.

¡Qué bendición de Dios, válgame Dios! ¡Qué bendición para el pueblo! Al salir de los pañales, y salían á escape, aún no sacaban las piernas por debajo de las enaguillas, ya les echaban á la calle y

les decían: «Arriba, hijitos; aprended á andar solos, que no tenemos tiempo de enseñaros.»

Como los pollos, estaban poco tiempo al lado de la llueca. Harto tenía que correr la pobre llueca para poder mantenerlos; á buscarles cuatro pajas y cuatro granos de maíz mientras venían otros; y ellos se hacían cargo en seguida y empezaban sus estudios de andar por cuenta propia.

Primero andaban á gatas por el suelo; corrían riendo, sucios y mocosos, con todo lo que Dios les dió al aire; descansaban de su arrastramiento, lo mismo en medio de un reguero, que de un montón de polvo; alzaban la cabeza, se comían los piecitos de rosa, y un día, temblándoles las piernas, se tenían un momento derechos, y se caían y se reían de haberse caído; volvían á probar, y vuelta á caer y vuelta á levantarse. «Ya estamos» — parecían decir riendo —, y emprendían una carrera y ya sabían andar, y ya entraban en el mundo, y hasta puede decirse que entraban hechos hombres.

Tanto lo eran, que á los cuatro años, aun sin saber del todo andar, ya los vestían de largo; ya llevaban gorra y almilla, los que tenían para llevarlas; pantalones largos, un tirante, pañuelo cosido al ojal y, menos zapatos, de todo lo que llevan los hombres.

A los cinco años ya tenían empleo. Tenían el empleo de vigilar á los de cuatro años, éstos á los de tres, los de tres á los de dos, los de dos al de uno, y los de uno á la madre, á la pobre y flaca

llueca, que andaba siempre atareada y afanosa, y temblando perder alguno, á pesar de aquel cuerpo de vigilancia y de llevarse en brazos unos á otros.

Tanto se movía y tanto tenía que vigilar á los vigilantes para que no fuesen á parar en racimo bajo las ruedas de un carro, para que no se cayesen media docena á la acequia, para que en uno de tantos golpes como se daban, al caer de los brazos de los que tenían un año más, no se hiciesen más daño del que se hacían, que cogía todos los que podía coger y los llevaba á la *costura*.

Ya estaban allí. Primer misterio de llantos.

Esta *costura* era un encierro, un palomar de ángeles, un gallinero de serafines; era una jaula de pájaros, con cañitas, con saltadores, con comedero y con una barandilla de madera en la puerta de la calle; era un criadero, pero era también un gritadero, un lloradero y un coro á todo grito y á plena tozudería, sostenido y vigilado por una mártir y viuda que, como estaba cargada de ángeles propios, tenía que guardar ángeles ajenos para dar de comer á los de casa.

Y ¡qué variedad de ellos guardaba! Y ¡qué encierro! Y ¡qué gritos! Allí sí que había pájaros de todas clases y de todos los cantos y colores. Los había rubios, rubios como el maíz, y de ojos azules como el cielo de la mañana, viviendo como de encantamiento; los había en estado salvaje (casi todos), sucios por naturaleza, con un lodazal en cada

carrillo, un arroyo bajo la nariz y siempre con el dedo en la boca, reblandecido de tanto tenerle en remojo; rabiosos que no lloraban nunca, ni hablaban allí, en un rincón de jaula, pero á los que no podía otro acercarse sin sacar un arañazo; los había que empezaban á llorar así que salía el sol, y, con una calma encantadora, no paraban de llorar en todo el santo día; lloraban jugando, lloraban riendo, lloraban bostezando, lloraban comiendo, lloraban y relloraban por convencimiento y por naturaleza, con cara de gran salud y de lágrimas satisfecha, como si el llorar fuese una tarea que tuviesen que cumplir con todo sosiego; y los había que no lloraban seguido, pero cuando se querían *emplear*, parecía como si la *costura* se les hubiese caído encima. Alguna nena se estaba todo el día acurrucada como un pájaro caído del nido; otra se metía los dedos en la nariz hasta que ella y los dedos se dormían; aquel come-fango de la plaza no sé dónde iba á buscar el agua, pero él la traía, mojaba los ladrillos y hasta las paredes y el techo, y dejaba la *costura*, á la viuda y á los compañeros como si hubiese habido un aguacero; algunos merendaban todo el santo día; otros no merendaban, pero cogían la merienda del que merendaba, y del zafarrancho que se armaba caían ocho ó diez al suelo sobre el fango del agua; gritaban los de la caída, la mártir repartía papirotazos por mayor, se reunían para llorar todos los que los habían recibido, y les ayudaban en coro los que aún no los

habían recibido, pero los recibirían luego, y... ¡válgame el rey Herodes!... en aquellos momentos de pánico aquello no era una *costura*, aquello era un pantano de criaturas en donde había entrado una rata; era una orquesta desenfrenada, con treinta gaitas que se habían desbocado; era una de pan mojado en vino por el suelo, y zapatos y pedazos de torta dentro de las medias, y pañuelos desgarrados, y peones, y cromos, y piedras, y barro con azúcar y con caramelos de goma y regaliz mascado, y todo lo de los bolsillos extendido, pisoteado, reventado y amasado y engastado sobre el muladar de aquel encierro de batalla.

¿Y para hacer después el reparto de todo lo que se había caído? ¡Ah, hijitos míos! Para hacer el reparto ¡qué otra guerrilla se armaba! ¿Y cuando había una muñeca de cartón? ¿Y cuando caía del cielo algún terrón de azúcar cande? Momentos había en que la mártir, á no ser tan mártir, habría aplastado á tres ó cuatro para darse el gusto de desfogar. Aquello no eran criaturas: aquello era un castigo infantil; aquello no era guardar niños; aquello era guardar lagartijas; aquello no era tener ángeles en casa; era tener en ella alojamiento; aquello no era una corte celestial; era un corral, un corral á secas, un corral sin resplandor de estrellas; el patio de vecindad con un barullo atornador.

¿Quién vigilaba aquel hervidero? ¿Quién ponía un asomo de orden y una imitación de limpieza en

aquel estanque de carne tierna, de cabezas alborotadas, de rostros de manzana y de risas frescas? ¿Qué santa, por muy práctica que estuviese en santidad y prudencia, podría conservar la santidad, y no dejar caer un palmetazo en aquel campo de amapolas? ¿Qué víctima era capaz de reprenderlos, si al irlos á reprender hacían reír?

A veces ya intentaba la maestra enseñarles un poco de buenos modales, pero ¡cá!..., á lo mejor de los modos y de los consejos, salía alguna avellana de algún bolsillo imprevisto, y adiós modales y avellana. Muchas veces, cuando había un momento de *paro*, intentaba iniciarlos en algo de doctrina; pero al llegar al primer mandamiento, ellos ya estaban de vuelta en el primer descreimiento. Muchas veces habría querido la víctima mártir inculcarles la cartilla; pero ¿cartilla has dicho? Apenas les hablaban de saber de letras, empezaba un canto general, un grito en re natural que era mucho peor que el llanto; muchas veces, cansada de aqueste jaleo, se iba á descansar á la cocina; y en cuanto sentía quietud tornaba á entrar en el gallinero, y... ¡adiós gallinero! habían abierto la puerta y, como los caracoles del cesto, no había quedado ni uno: todos estaban calle arriba ó calle abajo, hasta los suyos, y la viuda guardiana tenía que correr por el pueblo á cazar criaturas y reunir las que podía.

Por fortuna, ya sabían irse á su casa ¡tanto que lo sabían!, y al día siguiente, más empolvados que

nunca de la caminata que habían dado, más sucios que nunca y tan alborotadores como siempre, los volvían á la *costura* y volvía á empezar el sarao. Ea, aquí: vuelta otra vez. ¡Venga gritar! ¡Otra vez á gritar! Ahora las sopas, la sangre de la nariz, aquella batalla fangal, el bautizo de la muñeca, el vino azucarado y la torta amasada con arena; y luego el arañazo, el canto, y abrir la baranda, y á casa, criaturas.

¡Pobre maestra y pobres niños! ¡Cuánto duraba la infancia para la mártir, y qué poco, qué poquito para los escapados de la costura! Cuando se volvían á casa, les decían lo mismo que á los pájaros: — Ya que te escapas, señal de que puedes ganarte la vida. ¡Búscatela! Ya no vas más á la escuela: empieza el trabajo, y... ¡andando!... á cavar la tierra, que ya bastante has sido niño. Aquí no podemos entretenernos en hacer de criaturas: bastante trabajo es tenerlas. La tierra no quiere que seamos niños: hemos de ser hombres en seguida y ponernos serios y tristes... Cuando tenemos ganas de reír y de gritar, no estamos para aprender de letras, y cuando aprenderíamos ya es tarde.

¡El arado y adelante, muchachos! Vuestra escuela es el terruño, y de sobra nos enseña á vivir.

LAS VIEJAS

Debe ser que los hombres están en el campo, que los jóvenes son soldados, que las mujeres envejecen deprisa; acaso las aguas; acaso la demasiada salud; acaso la pereza de morirse; no sé en qué consiste; pero en ninguna parte se ven tantas viejas como en los pueblos, y en ningún pueblo hay tantas como había en este *mi pueblo*.

En cada casa había por lo menos dos: la suegra y la resuegra; en algunas tres, porque la joven ya se empezaba á tornar vieja; en muchas lo eran todas. No se miraba portal en que detrás de la puerta, acurrucada y quieta, no se viese por lo menos una; no había rueca que no llevase su vieja; no se gastaban calcetines ni medias en el pueblo, y había bastantes que los gastaban, que no estuviesen hechos por las viejas; no había gato sin una al lado, ni hogar sin todo un montón de ellas, calentándose los huesos, ni rosario sin su grupo, ni muerto

sin su acompañamiento, ni iglesia sin su ringlera, ni procesión ni entierro sin su cola negra que llegaba de punta á punta del pueblo.

¡Y qué viejas, válgame la vejez! En ninguna parte eran tantas, ni tenían tantos años, ni tal tozudería en el vivir; en ninguna parte lo eran casi de nacimiento como allí, siéndolo durante toda su larga vida, ni en parte alguna, si había de sacarse una partida de bautismo se hallaba tan mohosa y comida de ratas, por los tiempos casi históricos que había pasado en el registro. Habíalas que no tenían época, que hubieran perdido hasta la memoria de sus padres si aún no los tuviesen vivos; que tenían nietos viejos, que eran tradiciones en vida, leyendas de cuerpo presente, cuerpos incorruptos, con derecho natural y legítimo á santidad de conservación, á la vida perdurable ejercida en nuestro valle de lágrimas.

Algunas parecían troncos de olivos viejos y carcomidos, enroscadas sobre sí mismas; algunas un terrón con el mismo color de la tierra; otras se apergaminaban, convirtiéndose en momias de vitrina; habíalas que se iban arrugando tanto que era imposible contarlas las arrugas, sin perderse en aquel mapa intrincado que ya no tenía forma humana; las que se conservaban eran las que daban más pena, la carne les sobraba, como queriendo huir de la carne; y á todas, los huesos parecía que les traqueteasen, esperando el soplo de la muerte para caer desplomadas de un golpe lo mismo

que un montón de ceniza. ¡Pobres viejas! ¡Y qué inconsciencia en el vivir! Con las manos cruzadas; con los ojos de lámpara apagada, velados y muriéndose de sombra; con el pecho como un osario; con el cuerpo de madera carcomida, aún se arriesgaban á andar por el pueblo; aún medio dobladas y apoyándose en las paredes tan carcomidas como ellas y con tanta pátina como ellas, iban viviendo por costumbre de vivir; aún estaban en el mundo, pero no hacían más que estar en él; ya eran el escaño, el baúl del desván, el vestido de la cómoda vieja, los rosarios de la casa, la sobra polvorienta y veneranda, á la cual, ya que no de padres á hijos, se guardaba respeto de hijas á madres y de madres á bisabuelas.

¡Pobres viejas! Ya todas iban de negro como si todas llevasen luto por sí mismas: ya todas llevaban un luto de tiempo de años y años, de tristeza vieja; un luto que no tiene remedio, ni esperanza, ni consuelo; una negrura de viudedad definitiva, de aquella negrura verdosa que ya va dejando de serlo á fuerza de tantos años de ser negrura, y de aquella negrura de paño de funeral, llena de cera y pelada por tantas rodillas que la han rozado, y tantos labios y tantas lágrimas que la han hecho tornarse lustrosa. Eso sí; aqueste lustre no podía estar más remendado; siempre creían ellas que el vestido que llevaban sería el último vestido, y la ropa íbales durando más que la misma vida, con todo y tenerla de tan buen durar. Llevaban man-

tellinas que podían ser de museo, y eran del día de su propia boda; medias negras que, echádoles de nuevo el pie después de la pierna, y la pierna después del pie, ya no podía sospecharse dónde había empezado la media; zapatos de pana que todavía eran de pana, después de haber perdido tantas suelas en el largo camino de la vida; y en clase de ropa blanca, todos los olores de todas las manzanas de tantas y tantas cosechas se habían en ella acumulado, perfumándola del incienso del campo, de la fragancia áspera, del aroma de virtud que tiene la tierra cuando no está demasiado pisoteada; y eso que la tierra no había sido demasiado buena ni demasiado generosa para ellas; habíalas dejado vivir, eso sí, á fuerza de penas; habíalas mantenido; les había dado hijos, demasiados hijos; pero ¡cómo las había esclavizado, agobiándolas á toda hora, como si hiciesen excavaciones para buscar con sus entrañas la pobre semilla del vivir, no dándoles más goce que aquel vivir, aquel perdurar, aquel estarse más tiempo sobre los terrones hasta confundirse con ellos!

Y ellas allí se estaban. ¡Y tantos años y tan sin darse cuenta, ni casi saber que vivían! Se hacían viejas, más viejas, con la ignoscencia serena del que espera la puesta del sol; íbanseles los ojos hundiendo poco á poco, como enterrándose antes de tiempo; iban perdiendo las chispas del fuego que en ellos había anidado; se les iba inclinando la cabeza, como buscando inconscientemente el rincón-

cito donde adormirse, teniendo por almohada aquellos terrones que les reclamaban el rédito del favor de haberlas dejado despertar; y como una luz que se apaga, no sintiendo ya amor, no suspirando, no ambicionando, haciendo estorbo en el mundo, siendo un trasto viejo, un mueble usado, habiendo perdido el reír, habiéndoseles secado las últimas lágrimas, habían olvidado la alegría, parecía que escuchasen el llorar de la campana, por si tocase á Viático; á su Viático, que les avisase tristemente que habían de despedirse.

Y allí en la iglesia, acurrucadas al pie de un altar para calentarse el espíritu, que ya se les iba enfriando, poquito á poco, tomando una chispa de vida en aquel brasero del alma, se las veía rezando, rezando siempre, sin suspirar, casi sin fe, por rutina, pulsando aquel último remedio de la última esperanza, pero sin ilusiones de milagro. Allí era su último refugio, y desde aquella sombra tibia veían entre claridad un poco de resplandor espiritual; allí no estorbaban á Dios; la Virgen era joven y hermosa, y, por viejas que fuesen, las esperaba á todas horas con los brazos abiertos y azules, y ellas la vestían á la buena Virgen. La calzaban, casi la fajaban como á una muñeca celestial que les recordaba otros tiempos, aquellos tiempos que habían de reflorar en la alta gloria; y como criaturas negras que ya han jugado demasiado á ser niñas, se dormían por los rincones á compás del arrullo del rezo y del sonsonete de las campanas.

De allí no salían más que para ir á un entierro, ó á una procesión ó á un Viático, ó allí donde fuese con ellas, acompañándolas y á su lado, la sombra de la muerte. Cuando había pasado la Custodia, llena de luz y resplandor, las niñas vestidas de blanco, tirando flores y besos de alegría y perfumes de esperanza é incienso de ilusiones; cuando habían pasado los niños, como enjambre de pájaros puestos en filas, con su charloteo en voz baja; los pendones flameantes, los hombres vestidos de limpio, las casullas y las capas bordadas; allí, detrás de todo, sin luz, caminando como si se sostuviesen cuerpo con cuerpo, y tambaleándose todas juntas, como si un temblor desazonado las tuviese á todas ligadas, pasaban ellas, pasaban las viejas, siempre negras, siempre enlutadas, siempre fúnebres, nublado de crepúsculo y sombra del atardecer que se extendía por el pueblo como cinta negra de retablo misterioso, onda de sombra, de monótona igualdad, niebla de invierno que pasaba baja á ras de las casas, á ras de la gente, á ras del cuerpo, y dejaba en todo el pueblo una frialdad espeluznante.

LA POSADA DEL OSO

Además de la casa del Beco, había también posada en el pueblo, y la llamaban La Posada del Oso por un hecho que en ella había pasado.

Era la posada de aquellas de gran desahogo para albergar en ella todo el material de tránsito de personas y animales antes de que hubiesen soltado los trenes, concurrida en tiempos por lo bueno y lo mejor del personal de carretería; llena su cuadra de mulas y caballos separados por celos y rencores de bestia á bestia; lleno el desván de grano y paja, las paredes de arreos y colleras y cabezadas de diario, y cascabeles y borlas para las fiestas de precepto. La cocina llena de cacharros, de humo, de olor á chuletas y de gritos enrevesados de carreteros diciendo palabrotas para adorno de la conversación; y silbidos y voces de mando, y coces y movimiento de orejas por todas partes en otros tiempos, y ahora todo desierto, tranquilo como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HANCOCK STANIA
"ALFONSO DEL ROS"
Año. 1925. MEXICO

convento abandonado, más ancho que nunca por la soledad, vestido con paredes carcomidas, donde resuena la palabra como dentro de una bodega sin cubas.

Al entrar se encontraba el gran patio para desaparecer la ringlera de mulas y dejar el carro sosteniéndose en el *mozo*, ó bien plantado de manos en tierra; un corredor arriba lleno de cosas sobrantes de otros tiempos, restos de color de desván; en el suelo una cazuela rodeada de gallinas, un cachorro, tierno de ojos y escaso de ropa, con más morro que carne, saliéndole más huesos en el espinazo de los que le entraban por una boca de pez, y con un parche en la frente para curarse el garrotillo, y adelantando y reculando mientras movía la cola descabezada de nacimiento; algunos patos zambos cerca del muladar, y un abrevadero de piedra, largo como seis tumbas romanas, y seco para siempre jamás, con señales de humedad de los tiempos aquellos de trajín y faena y riqueza de la casa.

Una vez libres las mulas de la carga, desnudas de pelo á pelo como el día en que nacieron, entraban cabeza adentro, seguidas de las moscas, hasta el establo, que estaba en la sombra del interior. Allí el pesebre era largo como aquel abrevadero; largo para comer de través cuarenta mulas con sus caballos correspondientes y la familia; ancho sí, pero sin pienso para yantarle, como mesa desmantelada, vacía, como arroyo sin agua, hecho de

maderas podridas; por el suelo paja *antigua*, y por el techo un tejido de telarañas como techos de la Alhambra, como artesonados de blondas, como bambalinas de polvo y estalactitas, esponjosas, espesas, unas como paño, otras abiertas como paraguas, algunas sosteniéndose en estribos legañosos que venían de lejos, otras bordadas como puntas de Ruen y de Bruselas, y todas con la araña dentro, vigilando, aquellas moscas que llegaban á lomos de las mulas.

Una vez enganchadas éstas al pesebre, los carreteros pasaban por la cocina, negra como cámara de muerto de fama, é iban al comedor, grande también y desmantelado, con el otro pesebre de personas, más largo aún y con más sitio, porque se podían sentar á los dos lados, pero siempre vacío y extendido, y lleno de averío por encima, paseándose allí completamente vivo y no asado como antes, cuando el *carril* maldito no pasaba y no había allí trenes mixtos ni de mercancías.

De aquellos tiempos no quedaba más que la vieja (otra vieja), acurrucada todo el día, como todas, junto al calor de aquella chimenea negra; unos restos casi vivos de persona, entretenidos en la tierra por descuido de morir; una trabazón de nervios rodeados de arrugas, circundados por otros nervios con más huesos dentro que el cachorro; una fantasma hablando siempre del pasado, del tiempo de tránsito, de la era carretable, con los pocos carreteros que allí se detenían aún.

Un día, por azar, había siete ú ocho, todos juntos en un rincón, como si estuviesen jugando á la brisca; uno, alto y grueso, ventrudo por todas partes, pesado de cara y de orejas, arremangado hasta los codos y guarnecido con dos patillas retalladas en la cara como dos campos de rastrojo; otro, delgado y flaco de piernas, presumido de pantalón, con el clavel en la oreja llena de polvo, con trencillas á todo gasto y un corazón de cuero en los codos; otro montañés, con chaqueta corta y barretina, más moreno que nadie, más robusto, más ancho de pantorrillas y con más cogote; uno de Aragón, calzas cortas y bien fajado; uno del *Pla* y tres más del montón y del gremio de carreteros.

Hacia rato que habían acabado las provisiones de boca, y estaban escurriendo los restos de la bebida: una comida hechas de cosas frías; tomates escondidos entre hojas de escarola, sobre aceitunas secas y antiguas, guarnecidas de filamentos de un bacalao que había pasado más tiempo sobre la tierra que en las honduras de la mar. Sardinias con más mohó que pez, reseca y consumidas de andar por los rincones de la cocina; un vino del año, y mucho pan del año pasado; almendras tostadas de *entonces*, y pan otra vez, y un trago más para ahogar la sed que da la carretera. Hacia rato que habían emprendido la conversacióné iban mesa abajo las palabras más floridas, los juramentos chasqueaban como la tralla y no quedaba sitio para albergar palabras de tan llena como quedaba la con-

versación y tupida de los reniegos más caprichosos, cuando de pronto aquel cachorro de la puerta, aquella bestia nerviosa, aquel manojo de nervios con rabo, lanzó un grito de criatura que se ahoga, un grito de quinto acto de tragedia, un grito de terror como si le hubiesen pillado el hocico con una puerta, un grito largo y estridente de auxilio, que hizo levantar á los carreteros como un solo hombre y correr todos á un tiempo al grande patio de la entrada.

Estaba medio á oscuras, la linterna del portal se había muerto por falta de bebida, y á la parte de fuera, esperando que el cachorro callase y le oyesen, había un bohemio pidiendo entrada en la posada, seguido de un oso, que era el fulano que hacía mover tanto jaleo. Era el bohemio un hombre de esos que, según como se les mira, parecen tener veinte años ó cincuenta: moreno, con lustre, con lustre en la piel y en la ropa, y sobre todo en las hebillas; de ojos negros como agujeros de gate-*ra*; de nariz tirante por ancha y de labios carnosos debajo; de cabello largo y ondulante, virgen de peine y embadurnado pelo por pelo de pomada sin olor; vestido como el padre de Mignón, pero con traje más sucio y sin trencillas en las calzas, y andaba arrastrando los pies, cansado de llevarlos debajo. En cuanto al oso, era un oso lo menos oso

posible, manso como una persona, desmadejado, mustio y triste, sin uñas ni dientes, y casi sin encías, con un callo en el morro de tanto tiempo de llevar la cadena, con un bozal para engañar á la parroquia, haciendo ver que aún podía morder; con un trocito de rabo estadizo y pelado, como una trompa de elefante; tan lleno de polvo todo él, que parecía un oso blanco venido á menos, que no había acabado de desarrollarse, y que le traían de tierras frías á tierras más tibias para curarle una anemia de nacimiento.

Pidió entrada el bohemio, y cogió del hocico á la fiera, con cierto susto de los carreteros, que le miraban de lejos, con el respeto que impone siempre una bestia forastera: atóle á la puerta con la misma cadena del morro, y todos juntos fuéronse adentro á ver comer al bohemio, que traía hambre de tiempos, y despachó la cena en un abrir y cerrar de boca.

—Debe usted venir de muy lejos—le dijo el carretero de las patillas.

—De muy lejos—respondió el bohemio en un catalán atravesado de muchas lenguas—. El oso y yo hemos andado media Europa, y nos toca andar la otra mitad, si no nos ocurre alguna desgracia.

—Sí que tienen ustedes que andar terreno.

—Por ahora á mí no me faltan ánimos, y el oso es joven.

—Quiere usted decir que el animal es *conforme*.

—Mire, muchacho: mi *compañero*, tal como ustedes le ven, sumiso á la obligación, y de un carácter sosegado, cuando tiene un enfado que lo valga, es capaz de hacer frente al que le persigue, y comérselo crudo, sin escupir ni un huesecillo, ni la ternilla más pequeña ni un rizo de los cabellos.

—¿De modo que comen persona á todo gasto estos animales?—preguntó el del clavel.

—No la comen siempre, porque no siempre la pueden comer. Pero más de cuatro veces le he sacado niños de entre los dedos, y hasta cuerpos grandes en el momento de llevárselos á la boca. Esto del oso es una cosa tan refiera, que sólo le gusta caza de pelo ó de escama. Nada de verduras, ni asados, ni chuletas, ni sardinas, ni manjares flojos: caballo, perro, ciervo, y algún gatillo por compromiso, á falta de caza mayor. Dele usted los melindres que quiera, y todos los despreciará por un pedazo de pantorrilla.

—Dios me libre de dársela—dijo el aragonés—. Es la prenda de que hacemos más caso en mi pueblo. Y oiga, ¿dónde van ustedes á buscar esta clase de bichos?

—Vamos á los bosques de mi país. Allí, á la una en punto, esperamos á que se duerman debajo de un árbol, porque echan la siesta como las personas de edad; cuidamos de que no nos vea la familia, y una vez inspeccionado el terreno, nos acercamos de puntillas, y... con una jarcia fuerte, les

atamos de modo y manera que no puedan chillar. Una vez dentro, apenas se distraen un poco, se les agujerea el morro con un gancho, se les echa la barra al cuello y venga bailar de mala gana, y garrotazos hasta que les tenemos acostumbrados á recibirlos, que es la cosa á que más cuesta acostumbrar á los animales y á las personas.

—Prefiero tratar con las mulas—dijo el carretero del corazón en los codos—. Al menos nuestras bestias no nos hacen vivir con la afrenta de haberse almorzado un peón caminero. Si este oso fuese mío, le mandaba á paseo y le enseñaría á vivir. Vaya unos animalejos, con ese aire de manso que tienen. A mí que no me den sujetos que tengan la fisonomía engañadora. El pan, pan, y el vino, vino; y si el animal tiene alguna queja, que lo diga delante de la persona interesada.

—No me caliente usted, carretero: él es noble y no muerde, cuando no tiene que morder, y la afrenta que usted le hace, ni yo ni él la aguantamos. Eso de la cara engañadora no se lo diría usted en su cara sin que le clavase un zarpazo vengador.

—Lo que digo detrás, lo digo delante.

—Carretero, mire usted que le llamo.

—Llámele usted hasta que se canse.

—Bueno, ahora me gustará oírle á usted delante del interesado—dijo el bohemio; y se fué á la puerta á buscar el oso, con sensación de todos los concurrentes, que, en pie con las trallas, esperaban el careo del ofendido y el ofensor, no sin te-

mor de tener cuatro palabras con quien no trataban con franqueza.

¡Válgame San Antonio Abad! El oso había huído. El bohemio dió un grito peor que ninguno de los del cachorro.

Sin duda el hocico había cedido, rompiéndose después de tantos años de traqueteo y, libre el animal de aquella arracada de indio, se había marchado á la montaña, á ganarse la vida por su cuenta, comiendo carreteros y niños y malbaratando la carne. El bohemio estaba amarillo como San Francisco, no sabía dónde ir, lloraba el destroz que haría aquel animal calavera; veía los hospitales llenos de gente medio destrozada, las camillas yendo y viniendo por la carretera, las madres llorando, y él pagando multas á guardabosques y carabineros; y los carreteros atemorizados también, y renegando más que nunca, buscaban armas de fuego por el comedor, por los armarios y hasta por los pesebres, no encontrando más que el cuchillo de la mesa. Con él y cuatro trallas, salieron á cazar la fiera.

El ruido que movieron en aquel pueblo no puede describirse. Los hombres encerraban á las mujeres en casa; el Alcalde daba órdenes desde lo alto de la ventana; el alguacil buscaba armamento; el boticario molía polvos para los sustos; el médico

preparaba vendas y algodones bien fenicados; lloraban hasta los niños de pecho; y la gente joven despertaba á todos y se despedía de casa, con el corazón noble, contenta de librar su tierra de aquella bestia maligna.

Ya, formados en guerrilla, corrían unos por el llano; ya otros se preparaban á salir despreciando la existencia; ya llegaban noticias contradictorias; ya se preparaba más armamento y más municiones de guerra... cuando de la posada, saliendo la vieja aquella que dormía junto al hogar, despeluznada y como loca gritó:

—¡Corred, muchachos! ¡Tenemos la fiera en la cocina!

Todos acudieron, y poco á poco se acercaron en grupo, formaron el cuadro y miraron, con grandes precauciones, por la rejilla.

El animalito se había comido la carne de la olla recalentada y buscaba más alimento en el armario. Tenía hambre. ¡La bestezuela! ¡Toda su fiereza era hambre! El olor de las chuletas, las grandes privaciones de la vida, el andar por el mundo habíanla domado de tal manera, que había ido á tomar un bocado, como el hombre más campechano del mundo, dejándose de razones y fierezas.

De pronto se vió sorprendido, se avergonzó en un rincón, lamiéndose el hocico, aún untado de

albondiguilla, y no dijo ni una palabra, mientras que el bohemio, echándole la cadena al pescuezo, decía gritando á los carreteros:

—¡No tengan miedo, caballeros! Por ahora he podido dominar la bestia fiera, sin que corriese sangre en el pueblo. Gracias á mi valor, hoy han nacido un sin fin de criaturas.